

Vengo de ese miedo
MIGUEL ÁNGEL OESTE
Barcelona, Tusquets, 2022, 296 pp.

reseña de Maria Maffei

El malagueño Miguel Ángel Oeste (1973) en su cuarta novela, *Vengo de ese miedo* (2022), opta por sumirse en el pasado y devolver su lapidario retrato juntando los recuerdos que afloran y un abanico de brutales testimonios sobre una infancia violada. Lo hace entreverando diferentes técnicas narrativas con acierto: los testimonios directos de las personas entrevistadas se alternan con secuencias analépticas que rememoran un pasado infernal, así como fragmentos estilísticamente destacados perfilan la situación de ansiedad perenne en la cual el narrador se ha sentido sumido durante toda su vida, abarcando la intensidad emocional con un ritmo apremiante y una sintaxis quebrada. El resultado es una narración en primera persona que resulta fragmentaria, confusa, emponzoñada por el dolor, capaz de escarbar en el pasado que el narrador comparte con sus padres en el intento de encontrar una explicación a la raíz de “ese miedo” que sigue atormentándolo. Las constantes reflexiones metaliterarias sobre el mismo proceso de escritura, además, ensalzan aún más el efecto de flujo de conciencia reduciendo la distancia entre autor y lector, que se convierte en un mudo interlocutor testigo de la memoria evocada.

El título prefigura con insospechable sutileza los acontecimientos que se desarrollan en la novela: el arranque, «Quiero matar a mi padre» (p. 12), arroja inmediatamente en un contexto familiar complicado y violento, *leitmotiv* que el narrador hilvana en primera persona. El primer recuerdo que aflora

es la muerte de la madre, que remonta al 16 de julio de 2009 y abre el primer apartado, titulado «Padre»: esto permite dar voz a las innumerables peleas y palizas entre la madre y su marido. La huella que esto ha dejado en el narrador es imborrable, incluso porque con frecuencia él mismo y su hermano terminaban brutalmente golpeados hasta la humillación. Por esto en el segundo apartado, «Familia», se busca una motivación a la raíz de la inagotable violencia que ha inundado su cotidianidad infantil, y el narrador lo hace escarbando en el pasado de su madre y de su padre. Se pone de relieve el estado de precariedad en el que los dos han vivido sus infancias, así como sus existencias jalonadas de decepciones, alcohol, droga, excesos, pobreza y, otra vez, una violencia abrumadora. En el tercer apartado, «Madre», siguiendo el ritmo de la alternancia entre el presente de la narración, el pasado personal de quien narra y el pasado de sus padres, se perfila la relación que acercó sus progenitores en la juventud. La desmesura, los problemas de alcoholismo y drogadicción son una constante que les lleva más allá del límite: es como si la madre y el padre se incitaran mutuamente con los excesos. Los testimonios de la tía de Madrid y de la tía de Valencia, dos hermanas del padre, ayudan al narrador en la reconstrucción de los hechos de su infancia, lo que le lleva a tomar conciencia de que el recuerdo de la violencia no es completo. «Hijas», la cuarta sección, se abre en el presente, donde el narrador ocupa el rol de padre a su vez: la omnipresencia del miedo al padre, «ese

miedo primitivo y atávico a sus genes» (p. 130) que hasta aquí había quedado esbozado, a partir de este momento alcanza un poderío tajante. Define su infancia como un «constante estado de sobresalto» (p. 158) y una «prueba diaria de supervivencia» (p. 158), de ahí que en la actitud del narrador hacia sus hijas se vislumbre el legado del miedo a todo lo que le recuerda el padre. Esto lo empujará a actuar tomando siempre las distancias de lo que él solía hacer. Con el tiempo, la necesidad de arrostrar el inexorable terror al padre, de hablar con él, de cerrar las cuentas con el pasado se asoma cada vez con más insistencia. Los constantes titubeos frente al papeliño con el número de teléfono del progenitor se revelarán más poderosos de lo esperado, así como la incapacidad de tocar el timbre de su vivienda y hablarle. De repente, decide ponerse en contacto con él: tras numerosos intentos fallidos de llamarle, al principio del quinto y último apartado, «Padre e hijo», se entera de que ha muerto. Su muerte silenciosa y solitaria, en la precariedad de su cuarto de baño, abandonado por todos los que tenía alrededor, conlleva una última reflexión sobre las multifacéticas perspectivas que la narración arroja sobre este esquinado personaje: «Tu padre era un tío brillante, conversador, debía de tener un coeficiente intelectual alto, fue él quien me enseñó a jugar al ajedrez [...], lo respetaba y la gente también lo hacía, pese a las controversias que le rodearon» (p. 249), admite Nils, un amigo de la adolescencia, sin que el narrador empatice con estas palabras. Tampoco entiende cómo su propio hermano, que había vivido las mismas vejaciones que él, ha llegado a perdonarlo. «Hace tiempo que le perdoné, y tú debes hacer lo mismo» (p. 259), afirma delante del encono del narrador que no cesa ni con la muerte. El asunto del perdón y los múltiples vericuetos de lo que significa perdonar quedan perfectamente pincelados en el hiato entre estas dos perspectivas.

El narrador desata desde el principio un inagotable rencor hacia el padre, sin embargo, un sinfín de emociones matizan su relación con él a medida que se da voz a los recuerdos, entre los cuales “ese miedo” es una constante. “Ese miedo” infundido

por el padre es algo que afecta la vida del narrador mucho más allá de su relación con él, «El miedo ha sustituido a mi sombra y se ha pegado a mis talones. El miedo que tengo a los afectos, a recibir regalos, a encariñarme con las personas. El miedo atroz a que me hagan daño, a que hieran a los que quiero. El miedo irracional a las puertas abiertas cuando duermo» (p. 167), llegando a apoderarse de su cotidianidad de forma total y dejarlo anquilosado en el desamparo. Sobresale el sufrimiento que se ha intensificado, siempre desapercibido por los demás: los amigos de la infancia, su primera novia, una profesora suya admiten no haber ni sospechado el infierno que sufría el narrador en su casa. Los vínculos de sangre terminan poderosamente cuestionados en la transparencia del desahogo sin tapujos del narrador sobre el odio hacia su padre y madre, que nunca se mencionan con nombre propio, diluyéndose en una anonimía deshumanizante. Esto abre paso a una reflexión más honda sobre la necesidad de cultivar y cuidar las relaciones sin darlas por descontadas.

A lo largo de este atroz relato en primera persona, Ángel Oeste dedica mucha atención a las reflexiones metaliterarias sobre la escritura y el efecto catártico que ésta ejerce: «sé que la escritura no rectificará el pasado. Pero tengo la certeza de que si me detengo ahora, lo lamentaré. Sé que si no reconstruyo su historia, nunca me reconciliaré con la mía» (p. 74). La escritura del relato se convierte así en un elemento central del mismo, que describe el proceso creador desde el cuidado en recoger testimonios, en volver a mirar las anotaciones de la juventud, las fotografías, la determinación en querer reconstruir el armazón que apunta a “ese miedo” que lo hace sentir desamparado, vulnerable, irremediabilmente herido.